

TIEMPOS HEROICOS

Manuel Cruz, *Las malas pasadas del pasado (Identidad, responsabilidad, historia)*.

Barcelona, Anagrama, 2005. XXXIII Premio Anagrama de Ensayo

Reseñar un libro, cualquiera que fuere, es siempre una labor difícil. Cuando la obra en cuestión, como la que hoy presento, recoge tan amplia variedad ideas, algunas de las cuales verdaderamente encontradas, con una sucesión casi vertiginosa de autores y experiencias, la tarea deviene una hazaña que no merece más adjetivo –y disculpen la inmodestia- que el de heroica. Aunque debo admitir que el título de la recensión reivindica menos mis cuitas y bríos que la impronta con la que me marcó su lectura. Pues de tiempos heroicos se trata, o, mejor dicho, de la complicada relación que tenemos con lo que nos acontece. Por ir entrando ya en materia, y abandonar así este preliminar, advertamos que los tres grandes ejes sobre los que se estructura nuestro libro son la identidad, la responsabilidad y la historia. El primero de estos temas parte de una noción que conjuga dos ideas que en la actualidad nos obsesionan: la identidad y la diferencia. Y digo que conjuga pues en nuestro autor son, de suyo, intercambiables. En apariencia, y si nos atenemos al rigor de la semántica siquiera por un momento, estos dos polos no hacen sino repelerse: la identidad, lo idéntico, es igual (in-diferente) a otra cosa con que se coteje, mientras que la diferencia se caracteriza por poseer una cualidad o accidente que la distingue de cualquier otro término con el que establezca alguna comparación. La solución a esta aporía pasa por el reconocimiento de que en ambas - identidad y diferencia- es inevitable una relación previa. En función de esto último surge en el libro que comento una idea muy seductora que me voy a atrever a complementar: la propia identidad, el conjunto de las propiedades que nos distinguen de los demás ha de contar con la sanción de éstos prácticamente como condición de posibilidad. En resumidas cuentas, son los otros quienes han de autorizar o desautorizar la idiosincrasia de cada cual.

Ahora bien -me atrevo a añadir-, esa primera victoria dialéctica no basta; antes al contrario, es el comienzo de una lucha mayor. Pues la pupila ajena puede ofrecer una imagen distorsionada de lo que, no obstante, pretendemos mostrar. A modo de ejemplo: yo puedo complacerme en emplear un lenguaje barroco y abstruso, movido por la

esperanza de que mis interlocutores me tengan por alguien original, cuando estos últimos, en realidad, no lleguen a ver en mí más que a un pedante. Así, tenemos lo que me atrevo a calificar como una perversión de la propia diferencia, percibida de un modo que muy bien podríamos rechazar. De esta manera, se vincula a lo diferente una virtud que hoy nos complacemos en repudiar: la dificultad. En cualquier caso, la tesis de Cruz y de quien esto suscribe es la misma: la identidad pasa inexorablemente por la construcción del que la ostenta y la respuesta de los demás ante la misma.

Con todo esto, sin embargo, no hacemos más que apuntar al verdadero vórtice del problema. No basta con recurrir a nuestras propias acciones, o a la reacción de las mismas en los demás, para saber qué somos –o no- en definitiva. También aquí se enuncia una nueva certificación, que nos viene dada por la memoria, la codificación del tiempo pasado. Dicho de otra forma, también somos nuestros propios recuerdos. Y digo que así se presenta el verdadero vórtice del problema pues la interacción deja de ser el ejercicio recíproco de varias potencias en exclusiva para dotarse más bien de un carácter subjetivo y personal. El ámbito donde se desarrolla la discusión es de un marcado sabor empirista –por razones de estricta economía prescindo de aludir a todos los autores que cita Cruz- y no pretende más que demostrar que el núcleo de la persona no sólo se reduce a los distintos acontecimientos, físicos y mentales, que en un primer momento pudieran conformarla, sino que también se hallan en aquél las distintas descripciones de los hechos que se viven o se cree vivir. Establecer empero la continuidad entre la nuda conciencia, lo que llegamos a ser, con lo que somos capaces de recordar, implica, por un lado, entrar de lleno en el inestable ámbito de lo falaz, si bien, por el otro, obliga a sentar sobre nuevas bases la definición que podamos hacer sobre nuestra propia identidad y cómo esta última configura la sociedad a la que pertenece. En la tesitura de entender nuestro papel en el mundo y las modificaciones que pretendemos llevar a cabo en aquél sostiene Cruz la importancia de trascender ciertas concepciones –en extremo subjetivas- de lo que es la identidad.

Desde luego, las palabras anteriores son toda una provocación, máxime si constatamos el vertiginoso curso que toman los acontecimientos en la actualidad y los cambios con los que nos tenemos que enfrentar. Además, advierte nuestro autor, junto a la disolución de lo humano que parecen pronosticar las tendencias filosóficas del momento aumenta la reivindicación de la propia autonomía, lo que obliga, desde esta perspectiva, a pensar la vida democrática en general, que gira sobre lo humano en particular. Así, va tomando cuerpo en el libro la defensa de la vida democrática,

reivindicando en buena medida sus indudables virtudes sin dejar por ello de advertir sobre sus muchos peligros o, si se prefiere, desafíos, como la subordinación de la política frente a la economía, la expansión del libre mercado o el auge de los nacionalismos. Dada la relevancia de estos últimos, defiende Cruz la necesidad de pensar de nuevo el proceso en el que se consolida el hecho propio, aquello que somos, a través de la pertenencia a un grupo determinado. Importa el dato pues ese mecanismo de socialización trasciende lo político en sí, para situarse más próximo al ámbito de la antropología y la sociología, pero que, al mismo tiempo, puede ser la perfecta coartada para nuevas formas de exclusión. Frente a la disparidad delirante de la globalización y los intentos por reducir en la práctica al Estado a su esqueleto, dictamen lógico del pensamiento único, recupera nuestro autor la importancia de la construcción social de la identidad, desde ámbitos políticos e intersubjetivos.

Aunque hablar de esta última conlleva, casi de manera inevitable, a poner sobre el tapete el tema de la responsabilidad, término, por cierto, muy grato al sentir de las tendencias surgidas con la Modernidad. En estrecha relación con lo anterior, cabe distinguirla de la culpa, más personal, cercana al solipsismo, y que interioriza la norma generalmente moral. La responsabilidad, en cambio, obliga, su nombre así bien lo indica, a responder frente a alguien y, ajena a la esencialidad de la primera, aboca o puede abocar a la acción. Frente a una fácil y simplona exaltación de la víctima *per se*, obsesionada por restablecer dulces situaciones perdidas sin remedio, se impone un nuevo estatuto, más cercano al sujeto que actúa, que obligaría a sentirla como antaño asumíamos el destino. Pues ser responsables implica además la conciencia, indiscutible e inequívoca, de los horrores vividos en Europa durante la pasada centuria, en un esfuerzo más eficaz por preservar el espíritu de la civilización. Partiendo, eso sí, del hombre individual y concreto, el ser dotado por igual de razón y sentimientos, para proteger, en definitiva, el carácter secular del proyecto prescindiendo de vanas trascendencias o de temores alarmistas frente al porvenir.

La vida de nuestra especie se mide con tres grandes momentos; la historia da cuenta de los tres. Por ella, la preocupación por el pasado es un requisito fundamental para entender el presente, forjando a la vez un proyecto de futuro. Contra lo que pudiera pensarse, el historiador busca en pasadas relaciones, de hechos y figuras, la clave que le permita descifrar lo actual, lo que hoy nos pasa. Cruz, que es un filósofo de la historia, o un pensador que tiene en la misma fecundo pábulo de reflexión, acierta al advertir de los peligros que acechan a todo proyecto historiográfico. No se trata de proclamar

reivindicaciones, más o menos indiscutibles, de la memoria. Tampoco de evocar los hechos pretéritos gracias a los cuales nuestra vida parece tener menos un sentido que el origen de su propio ser: puede ser uno de esos instantes en los que una persona descubre –con tintes harto fatalistas- su vocación, o la materia prima de los agotadores homenajes que rememoran, con ritmo machacón, los grandes acontecimientos de un personaje público. Contra todo ello conviene advertir que la retentiva no es un mero almacén sino una facultad que selecciona y discrimina, dando un significado al relato que hacemos de nosotros mismos.

Al mismo tiempo, y siguiendo esta perspectiva crítica, alude nuestro autor, desde una posición más actual, al papel de los medios de comunicación en tanto que instrumentos con los que se representa la subjetividad de nuestra época, así como el de los últimos adelantos científicos. Los primeros reiteran lo pretérito hasta la saciedad, restaurándolo hasta convertirlo en una copia empañada del presente, mientras que los segundos posibilitan también el fraude de la conciencia histórica con sus novísimos descubrimientos, vagas promesas de una vida sin fin, inmortal y sin excesivos problemas; un sueño que, por cierto, jamás se concreta, y que pone de manifiesto, de la misma forma en que también lo hacen los desastres hoy llamados humanitarios, la quiebra de la dulce sensación de bienestar de los países occidentales. Lo que hay que salvar, en cualquier caso, es la posibilidad del discurso, la narración que permita dar cuenta de todos los hechos, dando a cada uno su sentido propio, en especial, los abortados, los que se saldaron con el fracaso aunque hoy bien pudieran ver el éxito.

Estos fenómenos, en fin, no hacen sino opacar la percepción que tenemos del presente, dificultando toda relación con él. En la fragilidad, en la consubstancial contingencia de lo que hoy nos ocurre se halla, sin embargo, la clave de la verdadera posibilidad de lo que ha de venir, siendo la mejor herramienta para pensarlo. Concluye la obra, y mi comentario a la vez, con una llamada a la acción, libre tanto de las delusiones utópicas como de los conformismos complacientes.

Juan Manuel Checa Seminario de filosofía política de la Universidad de Barcelona